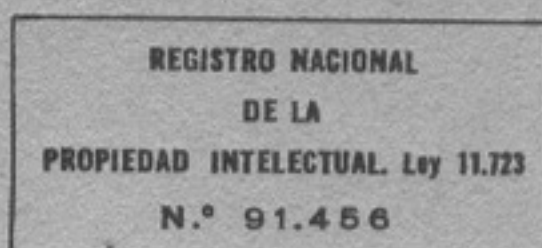




Alta Gracia
Córdoba
Octubre 1940.

Una de las últimas fotografías del R. P. de la Brière, S. J.



EL MES

† R. P. YVES DE LA BRIERE, S. J.

La Iglesia Católica acaba de experimentar con la muerte del R. P. Yves Marie Leroy de la Brière, S. J., acaecida en el Colegio Máximo San José, sito en San Miguel, F. C. P., el día 26

de febrero último, una pérdida tan inesperada cuanto significativa. En efecto, el ilustre jesuita desaparecido era toda una figura de mérito por la hondura de sus conocimientos, cuanto por la extensión de su proficua y siempre activa vida de apostolado intelectual, ya como profesor, ya como conferencista, si no es que suspendía ambas manifestaciones de su celo de estudioso para integrar jurados internacionales o consejos de altas instituciones de Derecho.

ESTUDIOS sabe bien cuánto pierde con la muerte de su eminente colaborador. Por eso, porque le sabía tan deferente para sus requerimientos, porque los miembros de su redacción siempre sintieron el efluvio caritativo que de su palabra surgía como expansión naturalísima de su alma grande y noble y armoniosa — saturada de Verdad y de Bien y de Belleza — desea pergeñar, en el estrecho límite de un breve memento, los perfiles fundamentales de semejante obrero de la mies de Cristo. Sirvan, por lo mismo, los incompletos datos que citaremos para suscitar en nuestros lectores la imagen de su vida. Vida de estudio, de difusión y de enseñanza encuadrados en la austeridad activísima de la milicia ignaciana.

Descendiente de León de la Brière, periodista que movía su pluma enfervorizado por los ideales católicos, y animado por la doble vocación de la vida religiosa y de los altos estudios jurídicos, en 1894 ingresó a la Compañía de Jesús quien no desmentía así la tradición de inteligencia y catolicidad familiares. Era Yves Marie Leroy de la Brière. Ordenado sacerdote en 1906, su clara visión de los grandes problemas jurídicos referentes a las cuestiones más arduas y discutidas del Derecho Internacional, como su inclinación intelectual a todo lo que di-

jera relación entre el Pontificado, como expresión visible del poder espiritual de la Iglesia de Cristo, y las potencias temporales, señalaron a los Superiores de la Compañía la poderosa y promisoría personalidad del joven religioso.

Con el tiempo, ya colaborador de nuestro famoso colega *Etudes*, de París, que comenzó a contarle como redactor enjundioso a partir de 1910, el R. P. de la Brière ve que su ciencia, ciencia puesta al servicio de Dios, es solicitada para ocupar la cátedra de la Universidad Católica de París para dictar el curso de *Principios cristianos del Derecho de Gentes*. Solícito por extender aun más su radio de acción será, con el tiempo, profesor ocasional en Lovaina, en Ginebra, en Brasil, a donde arribara en 1927, al tiempo que era invitado ya como expositor del Instituto Universitario de Estudios Internacionales de Ginebra, ya como miembro del Consejo de la Liga de las Naciones, si es que, en oportunidades, no debió integrar, expresamente invitado, el Superior Tribunal de Justicia Internacional de La Haya, de cuya Academia de Derecho Internacional era miembro de número.

Esta labor docente, complementada por conferencias que se le solicitaban en cada punto de estadía, y que él nunca negaba, la complementó, el ilustre jurista francés, con sus aportes metódicos —, auténtica prolongación escrita de su magisterio verbal — unas veces en la sección *Histoire Religieuse de notre temps*, propia de *Etudes*, otras con su contribución bibliográfica pletórica de sensatez descriptiva y fundamentada en selecta erudición, tanto clásica como moderna. Y es, precisamente, relejendo cualquiera de sus obras o de sus artículos donde se percibe cual luminosa calidad de su saber la concisión helénica de su estilo, elegante y armónico, sólido y estable como un entablamento dórico.

A su primera obra fundamental, en 6 volúmenes, *Las luchas presentes de la Iglesia*, siguieron sucesivamente, como otros tantos jalones que demarcarán su incansable actividad de maestro, *La organización internacional del Mundo contemporáneo y la Soberanía pontificia*, en 3 volúmenes y en la cual ahondó, como según ya adelantáramos, uno de sus temas preferidos. Quizás el que constituyó su gran predilección y el factor más decidido de su predicamento: las relaciones internacionales del Papado; relaciones de las cuales y por las cuales éste debía ser respetado, considerado sujeto de Derecho Internacional y escuchado como Poder Espiritual, fuera de toda dependencia y vasallaje, según expresión suya.

Más adelante, las prensas fueron dando a los estudiosos: *Comment concilier autorité et liberté?*, *L'Eglise et son Gouvernement* (1935). *Le Mystère du Salut par le Christ* (ciclo radiofónico de disertaciones dadas en 1937), *Le Droit de juste guerre: tradition théologique. Adaptations*

contemporaines" (1938), "*Les droits et devoirs des belligérants*" 1940 y, por último, una recolección de textos pontificios sobre la patria y la paz, comentados por él, bajo el título "*La Patrie et la Paix*".

ESTUDIOS, que se ha honrado en su número anterior y que se honra en éste, como lo hará en otros más, con artículos del R. P. Yves de la Brière S. J., lamenta que la brevedad de una nota necrológica le impida revelar toda la grandeza del estudioso jesuita francés que arribara a nuestras playas el 24 de agosto del año pasado, luego de 70 largos días, saturados de zozobras y de justa pena; días de azarosa navegación que no pudo terminar en el Groix con el cual zarpara de Burdeos el 12 de junio ppdo.

Invitado por el Centro de Estudios Religiosos, prestigiosa institución que prohió su viaje con meritorio desinterés, dictó cuatro memorables conferencias en el teatro Politeama, de esta capital, sobre apasionantes y decisivos temas que en varias otras oportunidades habían abierto horizontes insospechables en los auditorios católicos franceses. Posteriormente, y con rapidez imaginable, llegaron hasta el maestro invitaciones de sociedades que deseaban tener de viva voz la cálida transmisión de su experiencia y de su saber, tan equilibrados por la esplendencia de las virtudes cristianas. Así le vieron, y le oyeron, auditorios nutridos en el Sindicato Católico de Maestras, en la Corporación de Abogados Católicos, San Alfonso María de Ligorio, en el Instituto de Derecho de Gentes de la Universidad del Litoral, en la Universidad de Córdoba, en el Cercle Francais Saint Louis, en el Instituto Argentino de Derecho Internacional, etcétera. Como se comprueba con la sola enumeración de sus actividades, que se extendieron hasta la vecina ciudad capital de Montevideo, la labor que desarrolló entre nosotros el R. P. de la Brière S. J., fué de todo punto de vista notable, aun considerando su lógico estado de ánimo ante el desastre de su siempre bien amada patria, Francia la inmortal, Francia la Católica, Francia la de Luis el Rey Santo.

Muerto en vísperas de dictar en la Facultad de Filosofía y Teología de la Compañía de Jesús, sita en San Miguel, un cursillo sobre *Orden Internacional*, queremos destacar en las breves líneas finales esa su admirable línea de conducta ante el derrumbe moral de su querida patria.

Para los que tuvimos la dicha de verle, siempre afable, señor de su propio señorío, al decir del cronista medioeval; para aquellos que convivieron con él, compartiendo el pan manducado en paz cristiana; para los que se acercaron a percibir la finura de su carácter, recibiendo de su gentileza el trato deferente de su hidalguía gala, algo sorprendía aún más, hasta hacer que esa característica suya fuera una últi-

ma y callada lección. Es que el religioso aceptó el rudo golpe de verse en necesidad de emigrar a otras playas para continuar su apostolado. Al fin y al cabo, así rubricaba en los hechos su vocación jesuítica, siempre orientada al lema de combate espiritual de la hueste ignaciana: A. M. D. G. Pero el hombre, el ser creado, capaz de sentir en la intimidad de su corazón las más delicadas emociones del patriotismo sincero, sobrellevó con dignidad admirable su desgarramiento último, su gran dolor. Sus compañeros de Orden jamás, entendiéndose esto bien, oyeron de él una sola referencia concreta al estado de guerra en que Francia se vió envuelta. Jamás sus labios se desplegaron para la más mínima condenación, que no fuera la justificada en nombre de los más puros principios doctrinarios cristianos. Y esto nunca directamente; al contrario, sus alusiones a los regímenes anticristianos siempre fueron mesuradas, premiosas por hacer luz en las conciencias, anheloso de que brillare alto la verdad que es trasunto de la Verdad, Jesucristo presente en su Iglesia.

Por sus calidades intelectuales y morales; por su apostolado sacrificado en pro de la obtención para el Papado y la Iglesia de su puesto en el orden internacional, por su vida jalonada por la aparición de sus obras tan enjundiosas y oportunas, cuanto sabias y previsoras, el R. P. Yves Marie Leroy de la Brière, S. J., con su muerte deja un claro difícil de llenar.

ESTUDIOS al asociarse al duelo de su repentina desaparición, hace suyas las palabras de la Sagrada Escritura: "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Ya desde ahora dice el Espíritu que descansen de sus trabajos, puesto que sus obras les van acompañando (Ap. XIV, 13)"



CONGRESO DE EX-ALUMNOS EN MONTEVIDEO

El Tercer Congreso de Ex-Alumnos de la Compañía de Jesús, en las Regiones del Plata y Primero de la América Latina, que se celebrara en la ciudad de Montevideo del 3 al 6 de enero ppdo. con el carácter de homenaje al cuarto centenario de la aprobación pontificia del mencionado instituto religioso, alcanzó el más pleno éxito y puso en evidencia cuán grande es la

afinidad espiritual de los que, nacidos en este hermoso continente sudamericano, han cursado sus estudios bajo la dirección de los Padres jesuitas, y cuán grande sus deseos de trabajar por el triunfo de los ideales cristianos.

Por la importancia de los temas que se trataron, todos ellos de un rico contenido social y doctrinario, por la capacidad intelectual de los delegados actuantes y la altura con que afrontaron el debate, por el espíritu de cordialidad y por el cálido entusiasmo que reinaron en las sesiones tanto públicas como privadas, este Congreso ha hecho nacer fundadas esperanzas acerca de la realización integral del programa de acción que los dos congresos anteriores, el de Santa Fe, primero, y después, el de Buenos Aires, esbozaron tras concienzudo estudio, como asimismo ha hecho entrever que las conclusiones aprobadas pueden traducirse en obra positiva a poco que se pongan en contacto las diversas entidades de ex-alumnos, centros, cada una de ellas, es verdad, de una labor circunscrita a su propio ámbito territorial, pero factible, merced a directivas de conjunto emanadas de estas grandes asambleas, de asumir proyecciones de carácter internacional.

La tiranía del espacio nos veda analizar una por una las resoluciones adoptadas. Debido a ello, consideramos tan sólo las que, según nuestro juicio, revisten verdadera trascendencia.

Es la primera la referente a la actuación del ex alumno de la Compañía en su vida individual, familiar y social. Cuanto se discutió y resolvió sobre el particular, en un todo concorde con el sentir de la Iglesia, refleja una honda preocupación por el perfeccionamiento propio a la vez que un afán de mejoramiento colectivo. Y esto en la época que nos toca vivir, tan fuertemente materializada es, sin duda, un síntoma saludable. Que no en vano, mientras una parte, una gran parte de la sociedad rueda hacia el abismo de todos los desórdenes, ese haz pequeño pero fuerte de voluntades forjadas en el yunque de acero de la disciplina ignaciana se congrega para acordar un plan de acción renovador y apostólico. Precisamente de esas reservas morales que el catolicismo siempre tiene a mano, y sólo de ellas, es dable esperar la reacción espiritual de que tanto necesita la humanidad en los tiempos que corren.

Intensificar la vida cristiana en la esfera personal; santificar el hogar velando muy particularmente por la educación religiosa de los hijos —educación religiosa que a fin de formar un ambiente de tradición, conviene sea impartida en los mismos Colegios de la Compañía —; tratar, por los medios conducentes para que las leyes en general y en especial las que versan sobre la familia, la escuela y la libertad de cultos se inspiren en los dictados de la conciencia católica; colaborar intensamente en la obra de la sindicación obrera con el objeto de hacer más efectiva las normas pontificias en las relaciones del capital y del trabajo; luchar sin tregua contra todos los errores filosóficos y teológicos que del protestantismo acá han echado raíces en la inteligencia de los hombres he ahí,

como en un esquema, la actividad que se aprestan a desarrollar los ex-alumnos en cumplimiento de una primera etapa de realizaciones prácticas de carácter fundamental, insustituibles y de todo punto necesarias.

Surgen también del conjunto de resoluciones aquellas que se vinculan con las tendencias mutualistas. El apoyo de los unos para con los otros, máxime si tiende a subvenir necesidades tangibles y apremiantes, es la mejor demostración de que los estatutos sociales —de suyo tan promisorios— no son letra muerta.

El tópico de la confederación de las asociaciones de ex-alumnos mereció toda la atención que su importancia, asaz evidente, exigía. Muchas son las dificultades que aún se oponen a la creación de un organismo central con facultades delegadas cuya misión esencial consista en correlacionar la marcha de las entidades existentes, promover la fundación de otras allí donde sea necesario y auspiciar iniciativas de conjunto. No obstante, y con el propósito de hacer viable en un futuro próximo dicha confederación, se resolvió encomendar a la misma Comisión organizadora del Congreso de Montevideo funciones de tal naturaleza que la convierten en un organismo confederativo de hecho.

Para cerciorarse de lo antedicho, basta insertar algunas de las disposiciones relativas al punto. Helas aquí:

"El Congreso internacional latino-americano crea la Confederación de Asociaciones de Ex Alumnos de la Compañía de Jesús para lo cual establece:

"Artículo 1º — Todas las asociaciones de ex-alumnos que se adhieran a la Confederación incluirán en su legislación el siguiente articulado:

- a) "De acuerdo con lo dispuesto en el Congreso de ex-alumnos celebrado en Montevideo, en enero de 1941, la Asociación se incorpora a la Confederación de Sociedades de Ex Alumnos de la Compañía de Jesús de la América Latina.
- b) "Los miembros de las sociedades federadas se comprometen a prestar ayuda moral a cualquier ex-alumno que le presente su carnet social y a orientarlo con su consejo e influencia.
- d) "En la Secretaría de la Asociación se encontrará la guía social de los ex-alumnos que podrán consultar en cualquier emergencia los socios federados.
- d) "Cualquier socio de las sociedades federadas al establecerse en ciudad donde haya sede de sociedades de ex-alumnos será recibido en ella con todas las prerrogativas de los socios activos y se le prestará toda la ayuda posible por el secretariado social".

Art. 2º — El Congreso designa como órgano de correlación de las sociedades confederadas a la Comisión o Junta Directiva organizadora de este Congreso, dejando al futuro Congreso la designación de la Comisión que ha de sustituirla en sus funciones".

De acuerdo a tal modo de sentir puede, pues, afirmarse que el hermoso ideal de estrechar las filas de los ex-alumnos de la Compañía en esta parte del mundo, va camino de convertirse en alentadora realidad, con lo cual se daría una prueba más de la vitalidad fecunda de la milicia ignaciana en el campo de la labor social cristiana, y de la consecuencia de los discípulos para con los maestros que, como éstos, a no otra cosa aspiran que a trabajar por la mayor gloria de Dios.

Cabe también traer a colación la ponencia, unánimemente aprobada, de la delegación de este Colegio del Salvador, a la que se unió expresamente la delegación uruguaya y que está redactada en estos términos:

1) El Congreso de ex-alumnos de la Compañía de Jesús celebrado en Montevideo en 1941 en homenaje a la fecha magna del cuarto centenario de la misma, considerando la obra que ésta ha realizado en favor del orden social, intelectual y material, y teniendo en cuenta la campaña de silencio, cuando no de detracción, de escritores no inspirados en la verdad histórica han realizado en torno de dicha obra, resuelve se constituya un Comité Interamericano de ex-alumnos de los Institutos regentados por los RR. PP. jesuitas y especializados en investigaciones históricas con el objeto de velar constantemente por los fueros de la verdad en todo cuanto se relacione con la influencia de la Compañía de Jesús en el proceso de la civilización americana.

2) La autoridad de la Confederación queda facultada para la designación del Comité antes mencionado".

En un sentido análogo, la delegación del Colegio de la Inmaculada, de Santa Fe, presentó un proyecto que mereció el más caluroso aplauso. Por él se pide que "la Junta de ex-alumnos de la ciudad de Montevideo en nombre y representación de la Confederación de Asociaciones de Ex-Alumnos de la América Latina, por los medios y en la oportunidad conveniente, hagan llegar a los poderes públicos de todos los países latino-americanos la expresión de sus anhelos de que en los institutos secundarios se estudie la acción civilizadora de los jesuitas con la amplitud posible que acuerdan los programas y a fin de que las nuevas generaciones valoren su importancia y trascendencia histórica".

Antes de poner término a estas ligeras consideraciones, es del caso recordar que junto con el Congreso la Comisión organizadora llevó adelante con el mejor acierto la "Exposición del libro", la cual fué una muestra viva y elocuente de la intensa actividad cultural que los Padres jesuitas y sus ex-alumnos han desplegado en el suelo americano.

Por lo que acaba de exponerse, y además por otras resoluciones no menos interesantes, cuyo análisis, como decíamos al comienzo, excedería los límites de esta nota, es fácil colegir que el Congreso de Montevideo ha realizado una labor orientada toda ella en el sentido de impulsar el movimiento de las Asociaciones de Ex-Alumnos para que cumplan la gran misión a que están destinadas y que no es otra, como resumió *"El Bien Público"*, que el de tratar de afirmar en la vida individual, familiar y social los principios salvadores del catolicismo.

A los plácemes efusivos que, al clausurarse las sesiones, recibió la Comisión organizadora del Congreso por su ponderada y brillante actuación unimos los de *ESTUDIOS* no menos sinceros y entusiastas.



LA IGLESIA DE LOS JESUITAS DE CORDOBA, MONUMENTO NACIONAL

El Vicepresidente de la Nación en Ejercicio del Poder Ejecutivo, el 24 de diciembre último firmó un Decreto, en virtud del cual se declara de utilidad pública el templo y colegio (sic) de la Compañía de Jesús, en Córdoba, que pasa a depender de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y Lugares Históricos, dada la índole de Monumento Nacional que adquiere el templo citado.

En los Considerandos que preceden al Decreto se dice que la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos Históricos solicita la declaración hecha, porque el templo es de un extraordinario valor artístico e histórico; porque su estado de conservación es deficiente con grave peligro para su estabilidad, y porque en tales circunstancias corre el riesgo de desaparecer un monumento arquitectónico, cuya destrucción importaría grave pérdida para el patrimonio artístico del país.

Finalmente como el artículo 3º de la ley nº 12665 establece que el P. E. a propuesta de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos y Lugares Históricos, declarará de utilidad pública los lugares, monumentos, inmuebles y documentos de propiedad de particulares que se consideren de interés histórico o histórico-artístico a los efectos de la expropiación; o se acordará con el respectivo propietario el modo de asegurar los fines patrióticos de la ley, previéndose también que si la conservación del lugar o monumento implicase una limitación al dominio, el P. E. indemnizará a su propietario en su caso; se procede a dictar el decreto arriba citado, ateniéndose en todo a la ley antes mencionada.

Nadie visita Córdoba que vaya sin el encargo de ver la Iglesia de la Compañía, y que no muestre decidido interés por examinarla de cerca, observar sus techos, sus vetustas pinturas, sus frisos de madera, valorados por multitud de imágenes que en ellos se destacan — su retablo, su púlpito, hasta su cripta, que sienten muchos no poder ver fácilmente, por la molestia que lleva el remover la piedra o losa que sirve de puerta, a su entrada.

Ciertamente, hoy no existe, — como al construirse la Iglesia — la capilla de los españoles — hoy salón de grados de la Universidad; — ni tampoco la capilla de los naturales, — hoy convertida en hermosa capilla de Lourdes — testimonio auténtico de gratitud al P. Carluzzi y a quien se debe su embellecimiento; ni tampoco el cementerio tan unido en aquel tiempo a nuestras iglesias, por haber entrado a formar parte y fundirse con la capilla de Lourdes. Pero queda el retablo con ese sabor de antigüedad, el púlpito que nos ahorra toda ponderación, la bóveda de madera, cuyas pinturas, aun no sabemos de dónde las sacaron ni como las combinaron aquellos jesuitas, que fueron albañiles, pintores, carpinteros, arquitectos, alejados de los mercados europeos, y trabajando únicamente con los escasos productos del país en un tiempo en que no se contaban más allá de sesenta familias de europeos, y unos seis mil indios de población.

Mucho se ha escrito sobre nuestra iglesia; abundan los grabados y fotografías de la misma, y es el punto de partida obligado para todo el que quiera estudiar la arquitectura colonial. Sobre ella, ha escrito en nuestros días el insigne ingeniero Kronfus, profesor de la Facultad de Córdoba, y con gran riqueza de detalles, un meritorio trabajo, en la Revista de la Universidad de Córdoba (1), además de reconstruir con precisión, sobre el papel, el edificio de la Universidad, Santa Catalina, Alta Gracia, etc., y corre también, aunque la edición está agotada, — un álbum de edificios coloniales en su mayoría, correspondientes a la Compañía de Jesús, igualmente obra suya (2).

El que levantó la actual Iglesia de la Compañía, fué un jesuita, no el Obispo Trejo, como se afirma corrientemente, y un jesuita cordobés el P. Manuel Cabrera, — hijo de D. Pedro Luis Cabrera y nieto del fundador de Córdoba D. Jerónimo Luis de Cabrera — quien quiso costear para su pueblo natal un templo que acreditase, en lo futuro, dos amores muy fuertes: su amor a la Compañía de Jesús, y su amor a Córdoba.

El ingeniero Juan Kronfus afirma que: la gran obra pía, de la iglesia mayor, fué empezada — y según parece sin planos especiales y sólo con las medidas principales — después de 1600, guardando la forma de cruz, en la planta, lo que es característico para los jesuitas de España.

(1) Año 1918, t. I, p. 61 y año 1919, t. I, p. 334-352.

(2) "Arquitectura Colonial en la Argentina", Juan Kronfus.

No bien el H. Lemer tuvo a su cargo la obra, que se resentía de falta de dirección, con la gratuita labor de los Hermanos de la Compañía y las cuadrillas de indios, que, a salario y a temporadas trabajaban, iban acabando a gusto y según plan la dicha iglesia.

El H. Lemer era belga, y había ejercido con habilidad y maestría en los astilleros de Bélgica, el oficio de constructor naval; de donde había pasado a trabajar después a los astilleros de Portugal, Inglaterra y Brasil. Un caballero portugués le trajo a estas regiones. Lemer tratando con los jesuitas se sintió aficionado a ellos; y deseoso de compartir con ellos su vida, y emplear con ellos sus habilidades, pidió y obtuvo ser admitido en la Compañía en calidad de H. Coadjutor, entrando en el Noviciado de Córdoba al tiempo mismo en que se tramitaba la construcción de la Iglesia de los Cabrera.

Ya religioso, se consagró a la empresa de cubrir y terminar dicho templo. Para ello hizo venir de Francia un libro que trataba de abovedamientos de madera; y él sólo, sin otro maestro que el libro, ni haberse ejercitado en construcciones de techos, teniendo a la vista los dibujos de armazón, trazó el proyecto de techar dicha iglesia según lo ya edificado y los medios y materiales con que calculó poder contar.

Doce años trabajó en este techo monumental, que admira, aun a los entendidos, cuando recorren este bosque-red con maderamen de vigas, lajas y tablones trabados entre las tejas, y la bóveda interior; todo de madera de cedro.

Para la selección y adquisición de maderas, fué él mismo, en persona a las misiones del Paraguay, a capitanear la brigada de indios encargada del corte y conducción, bajando por el río Paraná hasta el Carcarañá, de donde las arrastraron hasta Córdoba. Obra estupenda y de admiración. Por eso el biógrafo del dicho H. Lemer, nos hace notar lo titánico de la empresa, a través de bosques habitados únicamente por tigres, pumas, siendo el viaje de trescientas leguas y tan deficiente la indiada y caballada que componían la caravana del transporte.

Con lo expuesto se dará cuenta el lector, aunque sea someramente, del denuedo y coraje con que los jesuitas realizaron lo casi irrealizable, cual era levantar la monumental iglesia, de la Compañía, en circunstancias tan poco propicias. Y por eso copiamos de buen grado las palabras del ingeniero Kronfus: "No hay que olvidar jamás que se trata de un pequeño grupo de hombres, quienes tenían que ser forzosamente, constructores, escultores, pintores, herreros, carpinteros... fabricantes de colores, de ladrillos... y no sólo maestros en la profesión, sino también profesores que tenían que enseñar, y trabajar con hombres (indios) que no entendían su idioma, ni conocían estas industrias". ("Los Jesuitas en Córdoba", por Joaquín Gracia, S. J., p. 296 y siguientes).

¿ESTAMOS EN CRISIS?

El farrago de noticias con que diariamente tropezamos suele deparar materia para honda meditación. Lástima grande que el lector habitual, solicitado por títulos enormes y recuadros abundosos, no sepa ni pueda ejercer una inexis-

tente capacidad de juicio que nunca le formaron en nuestra escuela deformante. *ESTUDIOS* señala hoy la aparecida en el diario *El Mundo*, del sábado 1º de marzo, del corriente año, en su p. 22. En su 5ª columna nos hace saber que el contralor ejercido por el Ministerio de Hacienda de la provincia de Buenos Aires, en las actividades del Casino de Mar del Plata, arroja un total de \$ 31.131,828 para el período que transcurrió desde la inauguración de la temporada de este año hasta el 22 de febrero último.

Reparemos, en primer término, en la cifra, de suyo abultadísima, pero además, *realísima*, como que la certifica una institución provincial especializada. Y, ¿hasta ahora qué?, dirá más de un lector. Pues, simplemente: ¡que estamos en crisis! En crisis innegable que está por encima de no importa qué interesado alarmismo, que va más allá de toda previsión consciente por parte de los economistas como que es parte obligada — nuestra situación muy difícil — del momento general del orbe. Claro está que no es este momento para dilucidar ni los cómo, ni los por qué de nuestra situación económica la que de antaño depende, por errores gravísimos de orientación, de la ambiental situación europea, como si los mercados no estuvieran más que en Europa... y, sobre todo, en ciertas naciones europeas.

No. *ESTUDIOS*, en esta ocasión, sesga su comentario hacia lo moral. Hacia el plano de la conducta social, que es la resultante de las conductas de los individuos que se agrupan en sociedad. En este caso, la sociedad argentina, dicho esto no en el sentido mundano, sino real; sentido que atinge, *directamente*, a las necesidades de la comunidad argentina, considerada en general.

Nuestros campos desorganizados en cuanto a los cultivos, nuestra ganadería idem, nuestro comercio perplejo, angustiado ante la carencia de multitud de productos que no llegan. Con nuestras actividades económicas zamarreadas fuertemente por lo que pasa en el mundo, y en un ambiente de crisis con desocupación que *aumenta*, sin importársele un bledo de las serias advertencias de nuestros maestros de la economía, como D. Alejandro E. Bunge; en fin, en medio de un porvenir nada atrayente, como que preocupa a los auténticos políticos argentinos, una enorme cantidad de argentinos que va a hacer como que descansa a Mar del Plata, mientras juega lo que tiene y lo que no tiene — para algo están los créditos! — a la ruleta.

La actitud moral de ese mundillo entre elegante y despreocupado, sino absolutamente vuelto de espaldas a la realidad nacional, no puede más que arrancar los más duros calificativos, intransigentes en punto de moral. En verdad, cuando por simples razones de humanidad — no apelemos al altísimo concepto cristiano de la caridad, ausente aún entre quienes se dicen católicos — un hombre o mujer, que quieren ver, ven miseria, que no ya pobreza, viene una institución oficial y comprueba sobre las entradas del año pasado, para el citado casino, en el mismo lapso de tiempo, un aumento neto de \$ 10.818.943. Repetimos entonces nuestra pregunta del título: *¿Estamos en crisis?*

Sí, no quepa la menor duda. Sobran los avisos, como basta y sobran las evidencias diarias de la personal experiencia. Pero, nada de esto cuenta. No ya para el acaudalado, puesto que es el caso que a Mar del Plata, desde unos años a esta parte, va cualquiera, con tal que sepa darse mañas. Y el Casino embolsa en dos meses treinta y un millón de pesos, en un país cuyas obras públicas en el orden nacional, incluyendo desde la escuela, el hospital o el camino, necesárisimo por ser vital al comercio, al puente o el hospicio sólo suman, regateando mucho la urgencia de muchas de las citadas obras, solamente \$ 197.000.000. *¿Estamos, entonces, de acuerdo en que hay algo raro en todo esto? Sí, evidentemente.*

Quede como conclusión que las cifras dadas oficialmente aterran. No se nos venga con monsergas, de esto y aquello. Todo el arsenal de argumentos lo conocemos. Los rebatiríamos uno a uno. Lo que nadie nos puede rebatir es que la cifra citada denuncia una inconsciencia mayúscula, un exponente más y brutalmente categórico de cómo nuestro pueblo, en su mayoría, anda de espaldas a la realidad, ansioso de goces, ebrio de placeres que hay que hacer cada vez más excitantes porque ya el sensorio no reacciona.

Lo que lamentamos sobremanera es que algún día, quizás no lejano, tengamos sobradas razones para lamentarnos. Lamentarnos de veras y cristianamente de la más tremenda falta de principios sólidos de moral. Ausencia de moral cristiana, individual y social, una en esencia, por supuesto, que demuestra cuán desmandados y olvidados de su propia Patria andan muchos que se enardecerían de sólo pensar un agravio, quizás fundado en la ignorancia, hacia nuestros símbolos. Es que estamos bajando más en el viejo declive de nuestro concepto de argentinidad iniciado hace muchos años.

Con la significación moral de esa cifra podrían ensamblarse otros comentarios sin desperdicios, que dijeran sobre otros puntos de moral. La conducta en las playas, por ejemplo, con su interesante asunto de la

vestimenta, cada vez más liviana y provocativa, cuanto más vacía es la cabeza y más estragada o ausente la sensibilidad moral.

Tanto el pasionismo del juego como otras graves manifestaciones veraniegas, denuncian un cáncer social en el cuerpo sagrado de la Patria. Esperemos que la labor de los cirujanos pueda salvar lo que haya que salvar, como que de por medio estará comprometido nuestro futuro y, por futuro, nuestro destino de nación libre e independiente más allá del estremecido canto de nuestro querido Himno Nacional.



¿GRIEGO O LATIN?

La Real Academia Española se ha dignado enriquecer nuestro lenguaje con unas 3.000 palabras. Si se atiende a que 2.300 ó 2.500 son suficientes para la conversación usual, literaria y no académica no puede negarse que esas 3.000 voces introducidas como quien dice de golpe y porrazo en el idioma serían capaces de provocar todo un conflicto; un atascamiento lingüístico.

Por fortuna, de esos miles de voces nuevas o nuevas acepciones de voces antiguas, la gran mayoría corresponde a argentinismos, chilenismos, peruanismos; a americanismos, en general, que la docta, sabia y un tanto reaccionaria corporación ha terminado por conceder carta de naturaleza.

Así es como *jahijuna!*, *chirusa*, *chiripá* y tantas otras dicciones tenidas en menos son ahora moneda saneada y corriente. En cuestión de americanismos, la Real Academia Española, parece haber abandonado su antiguo y hasta secular criterio de restricción para mostrarse tan abierta y liberal que es necesario ya caminar mucho para topar en estas tierras con un neologismo auténtico y autóctono.

Y no sólo los americanismos, que otro tanto cabe decir de los demás idiomas repartidos por el globo que, cual menos, cual más, están representados con sus respectivos aportes en la última edición del diccionario académico. Hasta el catalán ha sido favorecido esta vez con la acepción lisa y llana de la voz *capicúa* con el significado tan común entre nosotros, investigadores diarios de la numeración de cuanto boleto de tranvía u ómnibus cae en nuestras manos.

Pero lo que es motivo de atentas preocupaciones etimológicas es la superioridad acusada por el griego sobre el latín en cuanto a los elementos integrantes de las nuevas voces. En tanto que 100 palabras de

las últimamente aceptadas derivan *directa e inmediateamente* del latín, 177, casi el doble, lo hacen del griego, lo que viene a romper y desequilibrar la influencia respectiva de cada una de estas lenguas en la formación del castellano.

Una lucha entre grecistas y latinistas amenaza con entablarse en los ambientes educacionales. ¿Se deberá intensificar en los colegios y academias la enseñanza del griego a costa del latín? ¿En los ejercicios de clase, deberá darse mayor amplitud al estudio de las raíces griegas que a las latinas? ¿Los profesores de Castellano, bachilleres, maestros, deberán dedicarse con mayor intensidad a la primera que a la segunda de dichas lenguas?

He aquí un tema apasionante para una apertura de curso; pero nosotros, loado sea Dios y mil veces loado, hace mucho tiempo que hemos declarado nuestra neutralidad en tales conflictos.

¿Latín? ¿Griego? ¡Quita allá, hombre! Para nuestra pedagogía oficial esas son malas palabras.

A.



UNA CONDENA EJEMPLAR

En los primeros meses del año pasado, 1940, el director del Secretariado Arquidiocesano de Moralidad, de la Acción Católica Argentina, Dr. Luis Roque Gondra (hijo), denunció ante el Juez en lo Correccional, Dr. Villegas Basavilbaso, las actividades al margen de la ley de una sala de espectáculos en la que se pasaban películas subidamente inmorales. Comprobado el delito y compaginado el juicio de rigor, el Juez acaba de fallar en la primera quincena del mes de febrero último.

Dejamos de lado los considerandos legales de la sentencia para referirnos al significado intrínseco de la misma, alentadora por descontado para quienes, de un tiempo a esta parte, comprueban a diario la extraordinaria y suicida pasividad de muchas autoridades frente al mal que avanza cada vez más. Pero, para confortación de los que no confunden el bien con el mal, lo injusto con lo justo, viene un Juez argentino y dice todo lo que hay que decir. Y con todo el rigor de su autoridad castiga a quienes con su actitud libre se han hecho pasibles de merecida sanción.

Sin embargo, si bien no hemos podido consultar otra versión de los considerandos de la sentencia que la aparecida en el diario *La Na-*

ción, de fecha 13 de febrero ppdo., creemos oportuno que ESTUDIOS haga una precisión sobre cierto punto que podría llamar a confusión o a engaño.

Transcribimos textualmente: "No protege la ley — dice el Juez en su sentencia — el pudor hipertrófico de individuos educados en medios rígidos, ni el pudor ascético de monjes y ermitaños, sino el pudor medio, referido a la moral de la sociedad para la que ha sido dictada y no para las sociedades extrañas, que pueden tener una más alta o más baja moral".

Se nos ocurre, en primer término, que este párrafo es demasiado sabroso. Hay en él no poca tela que cortar. Y es de la buena. Así, preguntaríamos al Juez Basavilbaso si hay una o varias morales. Sabemos que él sostiene la existencia de una sola moral, es decir, *la Moral*. Ahora bien, siendo la Moral una, o simplemente *la Moral*, a ella deben ajustar su actuar los hombres todos. Sean ellos hombres de negocio o monjes, militares o maestros, obreros o médicos, contratistas o monjas, madres de familia o guardas de tren. La cuestión delicada está en adecuar, es decir, referir circunstanciada y oportunamente, las normas únicas de la Moral al caso particular en el que actúa un hombre libre, mas no un hombre abstracto, sino de carne y hueso, que vive ahora y aquí. Por eso, se habla en Moral de obligaciones de estado.

El pudor medio — de que habla la sentencia — existe y debe ser respetado, sí. Concedemos gustosos. Mas lo que no concedemos es que, concordando con la frase anterior en que se refería "al pudor ascético de monjes y ermitaños", diga el Juez que la ley está dictada para la sociedad que la reconoce por suya y no para las "sociedades extrañas, que pueden tener una más alta o baja moral". El subjetivismo sociológico de esta expresión es evidente. Parecería que, de acuerdo a esto, la Ley sólo rige en términos medios y no absolutos. La verdad es que, en punto de Moral, no hay que hacer distingo sobre otra cosa sino sobre las circunstancias que cambian de especie. Pero el matar siempre será matar, el robar siempre robar y el fornicar siempre fornicar. Si aceptáramos lo de una más alta o baja moral abriríamos la brecha a todas las interpretaciones ocasionales posibles. Así, en esa misma línea, tendríamos que aceptar que "el pudor medio, referido a la moral de la sociedad" evoluciona desentendido de la Moral, hasta convertirse, como se ha pretendido sostener, en un convenio tácito entre los individuos que componen la mayoría de la sociedad. La falsedad de esta posición surge de su solo enunciado. La cuestión es muy otra y categórica. No hay para las distintas sociedades que constituyen la Sociedad más moral que la Moral. Moral que atisba la recta filosofía y que armoniza, impone y sanciona con toda su Divina autoridad la Ley del Señor.

Esta Moral, la cristiana, repetimos que es única. Cuando dictamina sobre la inmoralidad del estupro o del adulterio o de la fornicación no hace distinciones, sino de circunstancia. Pero, en el hecho en sí, *la falta*, la violación es la misma. Así lo haya cometido un guarda de ómnibus, un ministro o un religioso.

Luego de esta precisión, orientada a poner las cosas en su lugar, *ESTUDIOS* no tiene sino que felicitar al Juez que supo hacer caer sobre los culpables todo el peso de su autoridad.

Estamos sintiendo en todas las esferas de las actividades argentinas la necesidad de oír los reclamos de dignidad, honradez y buen vivir cristiano — *entroncado en nuestra auténtica tradición* — que el clamor de no pocos argentinos exige para la salud de la Patria. En buena hora aparezcan los funcionarios que, como el Juez Basavilbaso, cumplen su deber hasta lo último. *Hasta donde tendría siempre que cumplirse.*



† HENRI BERGSON

El 4 de enero del corriente año murió en París el filósofo francés Henri Bergson, quizá el más grande del último siglo, por el volumen de su obra y por la trascendencia histórica de su sistema.

Podrán los críticos encontrar fallas en sus demostraciones y discutir los postulados básicos de su doctrina, pero habrán de confesar que el influjo del bergsonismo en el mundo contemporáneo, es un hecho indiscutible.

Nació en París el 18 de octubre de 1859. Sus padres eran judíos. Brillantes estudios realizó en el Liceo Condorcet (1868-1870) y en la Escuela Normal Superior, de donde egresó con el diploma de agregado de Filosofía. Ejerció el magisterio sucesivamente en el Liceo de Angers, y en el de Blas Pascal, en Clermont-Ferrant, en el Colegio Rollín, de París; y ya doctor en 1897 enseñó en la Escuela Normal Superior y en el Colegio de Francia (1900).

En 1914 ocupa un puesto en la Academia Francesa, después de haber pasado por la de Ciencias Morales y Políticas, y en 1928 obtiene el Premio Nobel en Literatura.

Las obras principales que escribió son: *Essai sur les données immédiates de la conscience*; *Matière et Mémoire*; *l'Evolution créatrice*; *l'Energie spirituelle*; *Les deux Sources de la Morale et de la Religion* (1932).

Bergson concibe la filosofía como "una visión", "una intuición", "una vida de la realidad". Opina que hasta el presente el pensamiento humano casi no ha visto nada: no supo ver, es decir, no "vivió" la realidad de las cosas. De esta suerte se explica que haya tantas teorías contradictorias sobre los mismos problemas. Y como quiera que la idea de espacio disecciona la realidad y le roba su unidad viviente, nos hemos de desprender de la idea de espacio, en orden a descubrir la intimidad de las cosas y poder "vivir realmente a una con su ritmo". "Imitemos a los artistas: Miremos para ver". De este modo veremos más y mejor. Penetremos en la unidad íntima de la realidad para vivir allí ese momento uno y eterno de la vida en evolución que se llama "la duración de una cosa".

Esta concepción de la metafísica conduce a Bergson a soluciones originales y a las veces erróneas de los problemas filosóficos.

El concepto es un parcelamiento de la realidad única y absoluta de las cosas. El ser cambia y evoluciona por completo y a la continua en cada momento de su duración: su vida no es otra cosa más que este cambio.

El problema del movimiento es falso; como quiera que el ser verdadero es puro movimiento: problema artificial planteado por una falsa concepción de la vida.

La libertad no es una alternativa entre varios motivos que me solicitan sino más bien la espontaneidad del "élan vital", que, en cada momento de su duración presente, integra toda la realidad psicológica del sujeto.

Tan sólo la intuición es capaz de elevarme a esta visión suprema de la realidad verdadera y viviente. Para llegar a ella es menester ejercitarse en no pensar las cosas por medio de conceptos, sino en vivirlas y verlas. "Faire voir et vivre": de ahí el empleo tan frecuente en Bergson de la imagen y de la metáfora.

Ciertamente no se pueden suscribir sin más ni más estas afirmaciones. Pero queda en pie el mérito grande de este filósofo: el haber acentuado de una manera notable la palabra espíritu; particularmente insistiendo en lo que hay de inmaterial en la vida.

Aguda y definitiva es la crítica que hace de esa psicología nacida del positivismo que reducía los fenómenos anímicos a meras manifestaciones fisiológicas. Rompe con ese crudo materialismo y forma en las filas de un espiritualismo que remozará muchas inteligencias.

En el año de 1932 apareció una obra largo tiempo esperada por los que seguían el movimiento bergsoniano: "*Les deux Sources de la Morale et de la Religion*". En ella se acerca cada vez más al catolicismo; de suerte que en 1935 cundió la noticia de su conversión, como una cosa sensacional, ciertamente, pero lógica.

A la verdad, en las páginas de este libro resplandece de una manera peculiar la mágica elegancia de su estilo de artista, que traduce verdades olvidadas largo tiempo.

La apología que desde el terreno filosófico hace del misticismo católico es un hecho digno de estudio.

Por sendas tortuosas y no pocas veces erradas, llegó Bergson a la inteligencia de grandes principios filosóficos y si es cierto lo que de él afirmó la señora Raissa Maritain en la revista "*The Commonweal*", el más potente filósofo de nuestros tiempos logró, en los últimos años de su vida, la plena convicción de la verdad católica.

Si así fuere, su ejemplo será sintomático de una época en que muchos valores intelectuales se apartan del error y se acercan a la luz del catolicismo.

